

ALBERT EINSTEIN, LO SAGRADO Y LO MISTERIOSO¹

CARLOS BLANCO²

RESUMEN: El científico más admirado del siglo XX no fue ajeno a la preocupación más profunda que aguijonea la mente de todo hombre: ¿cuál es el sentido de nuestras vidas? Sus extraordinarias contribuciones a la comprensión del universo le permitieron también gozar de una experiencia única, a la que pocos mortales han sido invitados: el descubrimiento de ideas y hechos antes ignorados por la humanidad. En su etapa de madurez, y en especial cuando su actividad científica declinaba y Einstein se había embarcado en multitud de causas sociales y políticas, su interés por la religiosidad, la naturaleza de Dios y su relación con el hombre no hizo sino aumentar, y propició una serie de escritos cuya hondura ha de fascinar a científicos, humanistas y a todo el que sondee los interrogantes perennes de la especie humana.

Es por todos sabido que Einstein nació en el seno de una familia judía. Sin embargo, Einstein no cultivó una faceta religiosa en el sentido tradicional. No consta que acudiera a los oficios en las sinagogas, ni que mostrase especial simpatía por los ritos de las religiones institucionalizadas. En su juventud, su pasión por la ciencia y su inmersión en algunas de las cuestiones más intrincadas de la física absorbieron sus energías, con resultados asombrosos para un solo hombre. A la edad de veintiséis años, Einstein había culminado tres hitos en la historia de la física: la teoría de la relatividad especial (en la que también habían trabajado eminentes científicos y matemáticos como Henri Poincaré y Hendrik Lorentz), la explicación del movimiento browniano y la propuesta de una revolucionaria comprensión de la luz, clave para el progreso de la teoría cuántica iniciada por Max Planck en 1900. A los treinta y seis años, y tras una ardua batalla contra las sutilezas más recónditas del universo, Einstein había coronado su cima más importante: la teoría de la relatividad general. En noviembre de 1919, durante un encuentro en la sede de la *Royal Society* de Londres, en el que se hicieron públicos los trascendentales resultados de la observación del eclipse solar que confirmaba la predicción relativista en torno a la desviación de la luz

¹ Comunicación presentada durante las XIX Jornadas Internacionales de Filosofía: Pensar lo Sagrado, celebradas los días 27 y 28 de octubre de 2014 en la Universidad Pontificia Comillas.

² Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Departamento de Filosofía, Humanidades y Comunicación. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. E-mail: cbperez@comillas.edu

en las inmediaciones del Sol, el presidente de esta venerable institución, Sir Joseph Thomson, afirmó que la teoría de Einstein constituía «uno de los mayores logros —quizás el mayor— de la historia del pensamiento humano»³. Max Born, científico que desempeñó un papel clave en el desarrollo de la mecánica cuántica, dijo que era «el mayor logro del pensamiento humano sobre la naturaleza, la combinación más asombrosa de penetración filosófica, intuición física y destreza matemática»⁴.

Su intelecto tuvo que quedar exhausto tras un esfuerzo tan colosal, tras esta gigantomaquia entre la fragilidad de la inteligencia humana y la vastedad de misterios que esconde el cosmos. Aunque es cierto que Einstein continuó publicando trabajos científicos, ya no volvería a protagonizar una aportación de ese calibre al saber. Pero aupado por éxitos tan notables, casi insólitos en un único individuo desde los tiempos de Galileo Galilei e Isaac Newton, dedicó entusiasmo y finura analítica a abordar problemas que podríamos calificar de «filosóficos» e incluso de «teológicos». Lo que antes quizás fueran intuiciones poco aquilatadas, perspicaces especulaciones, progresivamente se convirtieron en ideas sólidas y enormemente sofisticadas que, en mi opinión, le merecen un puesto destacado en la historia de la filosofía de las religiones y de la espiritualidad.

Einstein profesó una devoción ilimitada hacia otro ilustre miembro del pueblo judío: Benedictus Spinoza. Considerado un hereje por sus contemporáneos, excomulgado de la sinagoga de Ámsterdam a la edad de veintitrés años, Spinoza, el sabio apacible que buscó el saber en su existencia solitaria puliendo lentes en la placidez de los Países Bajos, se afanó en comprender a Dios desde la naturaleza y no en dialéctica con ella. Einstein no ocultaría nunca su sintonía con estas tesis, denostadas por tantos como «pantefistas», pero apreciadas por él como una de las expresiones más profundas del sentimiento de religiosidad cósmica que palpa el hombre cuando explora el universo e interioriza la armonía, la inteligibilidad y la grandeza que en él percibe. En palabras de Einstein:

«Es muy difícil explicar este sentimiento al que carezca por completo de él, sobre todo cuando de él no surge una concepción antropomórfica de Dios. El individuo siente la inutilidad de los deseos y de los objetivos humanos y el orden sublime y maravilloso que revelan la naturaleza y el mundo de las ideas. La existencia individual le parece una especie de cárcel y desea experimentar el universo como un todo único y significativo».

³ R. W. CLARK, *Einstein: The Life and Times*, Nueva York: World Pub Company, 1971, 232.

⁴ Citado por W. ISAACSON, *Einstein: His Life and Universe*, Nueva York: Simon & Schuster, 2007, 224.

Difícilmente encontraremos este sentimiento cósmico canalizado adecuadamente en el seno de las grandes instituciones religiosas. Muy al contrario, Einstein lo interpreta como una actitud eminentemente solitaria, como un signo de independencia y libertad de espíritu que no todo hombre asume, y que en ocasiones padece la más encarnizada persecución por parte de los poderes religiosos de la época. De hecho, el físico alemán vislumbra en el ejemplo de individuos estigmatizados como herejes por su tiempo el rostro de ese sentimiento de religiosidad cósmica, inspiración para su vida y su labor científica:

Los genios religiosos de todas las épocas se han distinguido por este sentimiento religioso especial, que no conoce dogmas ni un Dios concebido a imagen del hombre; no puede haber, en consecuencia, iglesia cuyas doctrinas básicas se apoyen en él. Por tanto, es precisamente entre los herejes de todas las épocas donde encontramos hombres imbuidos de este tipo superior de sentimiento religioso, hombres considerados en muchos casos ateos por sus contemporáneos, y a veces considerados también santos. Si enfocamos de este modo a hombres como Demócrito, Francisco de Asís y Spinoza, veremos que existen entre ellos profundas relaciones⁵.

Y, en efecto, cuando pensamos en Demócrito, tendemos a invocar nociones como «materialismo», «atomismo», «ateísmo»..., que desde luego no recogen la profundidad y la originalidad de este gran sabio griego al que

⁵ Como escribe A. Udías, Einstein, «aunque no acepta un Dios personal, sostiene que la ciencia sólo puede ser creada por quienes están profundamente imbuidos del anhelo de verdad y comprensión, y la fuente de estos sentimientos proviene, sin embargo, de la esfera religiosa» («Conflicto y diálogo entre ciencia y religión», *Sal Terrae*, Santander 1993, 17). Udías sitúa a Einstein en una posición religiosa pero ajena a las ortodoxias doctrinales de las religiones específicas, al igual que Max Planck, quien acudía a oficios luteranos en Berlín pese a no profesar fe en un Dios personal. Planck, el padre de la teoría cuántica, expresó su idea de que «nunca puede darse una verdadera oposición entre la ciencia y la religión. Cualquier persona seria y reflexiva se da cuenta, creo yo, de la necesidad de reconocer y cultivar el aspecto religioso en su propia naturaleza, si quiere que todas las fuerzas del alma humana actúen conjuntamente en perfecto equilibrio y armonía» (citado por A. Udías, *ibid.*). Esta postura es interesante, porque sugiere que la religión, más que apelar a contenidos cognoscitivos concretos, a proposiciones verificables lógicas y empíricamente, remite a una faceta que podríamos denominar «emocional», a una potencia anímica profunda y distinta de la razón que es necesario cultivar si queremos alcanzar la paz en nuestro ser más íntimo. Por tanto, al no tener por qué ofrecer enunciados racionalmente comprometedores, se minimizan las posibilidades de conflicto entre la religión y la ciencia.

Popper tributara palabras sumamente elogiosas⁶, incluyéndolo en lo que él llamó «la Gran Generación», integrada por nombres como Sócrates y Pericles. Spinoza no ha dejado nunca de suscitar recelos y controversias por el carácter pionero de muchas de sus ideas e investigaciones sobre la historia y el sentido de la Biblia. Pero cuando leemos sus escritos y asimilamos la fecundidad de nociones suyas como el «*amor Dei intellectualis*»; cuando valoramos su ejemplo único de independencia y libre búsqueda del saber, que tanto sufrimiento tuvo que infligirle, al enajenarle de tradiciones invertebradas de su pueblo, ¿no palpamos una profunda religiosidad, un amor al conocimiento y a la armonía cósmica, una vocación contemplativa que nada tiene que envidiar a la de los grandes místicos budistas, judíos, cristianos y sufíes?

Sin embargo, Einstein era consciente de que este sentimiento de religiosidad cósmica no se conceptualiza fácilmente. Es más: rechaza cualquier conceptualización y cualquier formulación en términos de férreos dogmas o rígidas categorías teológicas. En estrecha analogía con la intuición de la dependencia de lo infinito que, para Schleiermacher, sólo podía manifestarse emocionalmente, pues desbordaba los límites de la razón⁷, Einstein considera que cada individuo debe aprender a descubrir los ecos de este sentimiento por sí mismo. Así, en un ensayo de 1930 titulado «Lo que yo creo», escribió: «La emoción más hermosa que podemos experimentar es la de lo misterioso. Es la emoción fundamental que subyace a todo verdadero arte y toda verdadera ciencia»⁸.

Encontraré, eso sí, la ayuda inestimable del arte y de la propia ciencia, y si se atreve a cultivar semejante sentimiento, discernirá una fuerza muy poderosa para nutrir su vocación científica:

¿Cómo puede comunicar y transmitir una persona a otra este sentimiento religioso cósmico, si éste no puede engendrar ninguna noción definida de un Dios y de una teología? Según mi opinión, la función más importante del arte y de la ciencia es la de despertar este sentimiento y mantenerlo vivo en quienes son receptivos a él. (...) Yo sostengo que el sentimiento religioso cósmico es el motivo más fuerte y más noble de la investigación científica. Sólo quienes entienden los inmensos esfuerzos y, sobre todo, esa devoción sin la cual sería imposible el trabajo innovador en la ciencia teórica, son capaces de captar la fuerza de la única emoción de la que puede surgir tal empresa, siendo como es algo alejado de las

⁶ Cf. K. POPPER, *La Sociedad Abierta y Sus Enemigos*, Buenos Aires: Paidós, 1967, 347.

⁷ Cf. F. SCHLEIERMACHER, *Sobre la Religión. Discursos a sus Menospreciadores Cultivados*, Madrid: Tecnos, 1990.

⁸ Citado por W. ISAACSON, *Einstein: His Life and Universe*, Nueva York: Simon & Schuster, 2007, 387.

realidades inmediatas de la vida. ¡Qué profundos debieron ser la fe en la racionalidad del universo y el anhelo de comprender, débil reflejo de la razón que se revela en este mundo, que hicieron consagrar a un Kepler y a un Newton años de trabajo solitario a desentrañar los principios de la mecánica celeste!⁹.

Desde semejante perspectiva, prácticamente ningún gran científico carece de esta actitud religiosa que perfila una senda vital, «pero es algo distinto a la religiosidad del lego. Para este último, Dios es un ser de cuyos cuidados uno espera beneficiarse y cuyo castigo teme; una sublimación de un sentimiento similar al del hijo hacia el padre, un ser con quien uno mantiene, como si dijésemos, una relación personal, aunque pueda estar profundamente teñida de temor reverente»¹⁰. El científico penetra en la estructura del universo y se percata de la inviolabilidad de la ley de causa-efecto. Estrictamente hablando, nada sucede al azar, y los antecedentes determinan el futuro de un modo tan irrevocable que toda apelación a la libertad del individuo resulta ilegítima. Pero ni siquiera las constricciones propias de esta percepción de la causalidad ineluctable que gobierna el universo disipan el sentimiento de religiosidad cósmica; es más, lo avivan, y «adquiere la forma de un asombro extasiado ante la armonía de la ley natural, que revela una inteligencia de tal superioridad que, comparados con ella, todo el pensamiento y todas las acciones de los seres humanos no son más que un reflejo insignificante»¹¹.

Es admirable contemplar con qué belleza y hondura convergían racionalidad y sentimiento en una de las mentes más brillantes de la historia. La devoción religiosa cósmica representaba para Einstein un sentimiento al unísono que una profunda convicción, asentada sobre firmes bases racionales. Él no quería ser ateo, no quería renunciar a esa intuición de que subsiste una realidad mucho más vasta, rica y esclarecedora de la que captan nuestros débiles sentidos, percatándose, como Hamlet, de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que piensa nuestra filosofía. En una entrevista con el polémico periodista George Sylvester Viereck, se pronunció de la siguiente manera: «No soy ateo. El problema implicado es demasiado vasto para nuestras limitadas mentes. Nos asemejamos a un niño que entra en una inmensa biblioteca llena de libros en múltiples lenguas. El niño sabe que alguien tiene que haber escrito esos libros. No sabe cómo. No entiende el lenguaje en el que están escritos. El niño tenuemente sospecha que existe

⁹ Artículo aparecido en *New York Times Magazine* el 9 de noviembre de 1930, y en el *Berliner Tageblatt* el 11 de noviembre de 1930. Incluido en el libro *Mis Ideas y Opiniones*, Barcelona: Bon Ton, 2000.

¹⁰ «El espíritu religioso de la ciencia», en *Mis Ideas y Opiniones*, Barcelona: Bon Ton, 2000, 35.

¹¹ *Ibid.*

un orden misterioso en la disposición de esos libros, pero no sabe qué es. Ésa, creo yo, es la actitud incluso de los hombres más inteligentes hacia Dios. Vemos el universo maravillosamente ordenado y obedeciendo a ciertas leyes, pero sólo entendemos tímidamente sus leyes»¹².

El científico que busca la verdad y se imbuje de la sabiduría y el orden que presiden el cosmos se identifica entonces con el genio religioso de todas las épocas. Ya no actúa movido por afanes mezquinos, por pasiones y esperanzas circunscritas a su esfera individual, sino que se funde, de alguna manera, con todo el universo, y «se libera de los grilletes del deseo egoísta»¹³. Logra adherirse a algo suprapersonal, y halla la verdadera trascendencia no en la fe en revelaciones religiosas históricas, sino en el conocimiento cabal de ese universo de cuya excelsitud constituye una minúscula manifestación. Las religiones encauzaron esta conciencia de una realidad suprapersonal y la plasmaron en una serie de valores que fueron decisivos para guiar éticamente a la humanidad durante siglos. De ahí que Einstein conceda a los credos religiosos una gran importancia, porque la ciencia es capaz de descubrir el ser del mundo, pero no su «deber ser»¹⁴. También el científico necesita interiorizar un sentimiento de amor a la verdad y de búsqueda del saber, que encuentra su manantial más inspirador en la genuina actitud religiosa, contemplativa del mundo y de ese orden majestuoso que ambiciona escrutar: «no puedo imaginar que haya un verdadero científico sin esta fe profunda. La situación puede expresarse con una imagen: la ciencia sin religión está coja, la religión sin ciencia, ciega»¹⁵.

La religión, sin embargo, evoluciona, y lo que corresponde a una visión menos sofisticada de lo divino, que lo concibe como un ser moldeado según los deseos y pasiones del hombre, desemboca en una visión de reminiscencias cósmicas, donde Dios se integra plenamente con la armonía del universo y se erige en el fundamento último de sus leyes. La imagen más tradicional de lo divino jugó un rol esencial a la hora de proporcionar consuelo y esperanza al hombre en etapas muy difíciles de su andadura histórica, pero Einstein considera que el progreso científico permite superar ese estadio y abrazar una idea impersonal de Dios, ya no fraguada en el espejo del corazón humano, sino fusionada armoniosamente con el universo. Los conflictos entre la ciencia y la religión habrían brotado entonces de una comprensión antropomórfica de lo divino, que ignora el acontecer inexorable del cosmos, el irremisible cumplimiento de sus leyes. En 1929, Einstein

¹² Citado por W. ISAACSON, *Einstein: His Life and Universe*, Nueva York: Simon & Schuster, 2007, 384-385.

¹³ *Mis Ideas y Opiniones*, Barcelona: Bon Ton, 2000, 36.

¹⁴ «Ciencia y religión», *Mis Ideas y Opiniones*, Barcelona: Bon Ton, 2000, 39.

¹⁵ *Op. cit.*, 40.

expresó esta idea de la siguiente forma: «la mayor satisfacción de un científico es advertiré que Dios mismo no podría haber ordenado estas conexiones de una manera distinta a la que existe, como tampoco habría estado en su poder convertir el cuatro en un número primo»¹⁶.

El avance de la ciencia esclarece las regularidades del universo, primero en el ámbito de la física, más tarde en el de la biología, y excluye cualquier resquicio de arbitrariedad en el curso de la naturaleza. El milagro ya no se palpa en eventos puntuales que tantas supersticiones han contribuido a alimentar, sino en el misterio mismo del universo, en su belleza y majestad, en el conocimiento profundo del orden inexorable que baña sus fenómenos. El científico se alza así como una especie de nuevo sacerdote, como un profeta de la hermosura y la grandeza del cosmos, permeados ahora de una mística que evoca la más alta actitud contemplativa de los espíritus oficialmente religiosos. La religiosidad cósmica que predica la ciencia y personifica el científico se despoja de vanas apelaciones a temores, castigos y premios: el motivo más poderoso para vivir éticamente ya no dimana del miedo a represalias celestiales o de la esperanza en recompensas futuras, sino del amor a la verdad, al bien y a la belleza, de un compromiso con estos valores como fuentes puras que no admiten subordinarse a pasiones ulteriores, pues rebosan de significado por sí mismas. Pero la crítica de Einstein a las religiones históricas y su defensa de un planteamiento cósmico e impersonal de lo divino no le impiden valorar con justicia el gran servicio que los credos tradicionales le han prestado al hombre, al haberle ayudado a desasirse, aunque sólo sea teóricamente, de sus preferencias individuales, de sus más acaparadores anhelos egoístas. Las religiones ubicaban al hombre en un espacio más amplio y enriquecedor que el de su mera subjetividad; el individuo participaba de valores más elevados que sus simples querencias efímeras, y se reconocía como miembro de una comunidad, de una historia y de un caudal de esperanzas compartidas. En esta tarea, la ciencia impulsa la religión hacia escenarios aún más libres, nobles y profundos: elucida los patrones de esa racionalidad que colma el universo, y propicia que el individuo se «emancipe en gran medida de los grilletes de las esperanzas y los deseos personales, alcanzado así esa actitud mental humilde ante la grandeza de la razón encarnada en la existencia, que es inaccesible al hombre en sus profundidades más hondas»¹⁷.

La ciencia ejerce así un papel purificador para las religiones, que ya no tienen por qué imaginar lo divino desde las angostas lentes del hombre. Lo espiritual, lejos de desaparecer, arrumbado por el ímpetu indómito de

¹⁶ A. EINSTEIN, «Über den Gegenwertigen Stand der Feld-Theorie», Orell Füssli, 1929, 4-38.

¹⁷ *Mis Ideas y Opiniones*, Barcelona: Bon Ton, 2000, 43.

una razón que sólo conoce causas, efectos y regularidades, adquiere una relevancia inusitada, como fermento de esa actitud contemplativa de la que todo gran científico ha de imbuirse para buscar apasionadamente la verdad:

«Cuanto más progresa la evolución espiritual de la especie humana, más cierto me parece que el camino que lleva a la verdadera religión pasa no por el miedo a la vida y el miedo a la muerte y la fe ciega, sino por la lucha en pro del conocimiento racional. Creo, a este respecto, que el sacerdote ha de convertirse en profesor y maestro si desea cumplir dignamente su excelsa misión educadora»¹⁸.

Hay un amor profundo a la verdad y al orden del universo en el enfoque por el que aboga Einstein. Es una espiritualidad creativa, que no se refugia en tradiciones, fórmulas o libros, sino que se alimenta de la búsqueda del saber, del entendimiento íntegro de las complejidades del cosmos. En hermosas palabras de Einstein, «intenta penetrar con nuestros limitados medios en los secretos de la naturaleza y encontrarás que, detrás de todas las leyes y conexiones discernibles, permanece algo sutil, intangible e inexplicable. La veneración de esta fuerza que supera todo lo que podemos comprender es mi religión. En ese sentido yo soy, de hecho, religioso»¹⁹.

De hecho, su enconada oposición a la interpretación de Copenhague de la mecánica cuántica, a la idea de que los niveles fundamentales de la realidad se hallan intrínsecamente indeterminados, transparenta este amor por la armonía que inspira su sentimiento de religiosidad cósmica. Dios, que no es sino el orden inteligible rector del cosmos, no puede dejar al arbitrio ciego el devenir de la naturaleza, no puede jugar a los dados con ella, porque al evocar a ese ser divino no hacemos sino dar cuenta de la armonía y la imbricación universal de todo con todo que tutela el universo. Dios es la necesidad misma, la inteligibilidad que se manifiesta en forma de leyes jamás conculcadas y de estructuras dotadas de una perfección y de una belleza que extasían al sabio y, para Einstein, plantan en el alma del científico la actitud de una legítima devoción religiosa, ya no dominada por el miedo, el poder o la superstición, sino basada en el conocimiento. La tarea del científico adquiere entonces los visos de una labor sagrada. Es el nuevo sacerdote que rinde culto a la armonía del universo y a la belleza incommovible de sus leyes, pero esta pleitesía no nace ya del temor o de la obligación impuesta por otros, sino de un amor profundo a la verdad, de un compromiso con el saber y de una comprensión de la necesidad inextricable que impera en el universo, donde toda proyección antropomórfica en términos de metas, designios o providencias pierde para Einstein su valor.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Citado por W. ISAACSON, *Einstein: His Life and Universe*, Nueva York: Simon & Schuster, 2007, 384-385.

¿Vivimos en tiempos ajenos a lo sagrado? Yo opino que no. Es cierto que las religiones tradicionales retroceden en los países avanzados, y muchas veces sólo encuentran acomodo en lugares que aún no han disfrutado de las ventajas del progreso material y de un mayor respeto a la autonomía del individuo. Pero la sed de lo espiritual no mengua, sino que crece. Nunca como hoy habíamos admirado tanto los logros del saber. En nuestros países, sorprende el auge de las espiritualidades orientales, justamente de aquellas formas de relación con lo divino y trascendente que no enajenan al hombre de la naturaleza, sino que buscan subrayar la armonía con el cosmos como fuente de felicidad. Pienso que ni siquiera el entusiasmo más encendido y contagioso por la belleza del universo y la perfección de sus leyes, diseccionadas minuciosamente por la ciencia y fuentes de un progreso que en el futuro nos llevará a cumplir sueños ancestrales, puede apagar la llama de inquietudes igualmente profundas como las que percibimos en la teología cristiana. Quizás no baste con apelar a la ciencia y al orden del universo para responder al sentido de la vida de cada uno de nosotros, y quizás palpar lo sagrado en armonías cósmicas resulte demasiado frío y desconsolador para muchos oídos, anhelosos de una música más emotiva. Sin embargo, creo firmemente que el amor al saber y la búsqueda de descubrimientos que expandan la esfera de nuestra imaginación no es menos religiosa o menos espiritual que las acepciones clásicas de estos conceptos. Un sentimiento profundamente religioso invade al científico, como pone de relieve el testimonio del propio Einstein. Cuanto más conocemos sobre el universo y sobre las intimidades de la mente humana; cuanto más progresa el hombre en su empeño por desentrañar el lenguaje de este cosmos en el que hemos surgido tras millones de años de evolución, de este mundo que hoy transformamos mediante la cultura, más se acerca a la verdad, y descubre ese velo que contiene el secreto más preciado: el sentido de la vida.

Ninguna espiritualidad, ninguna fe religiosa, puede soslayar este sentimiento tan profundo y humanizador que nos conquista cuando admiramos la belleza del saber; cuando nos desprendemos de prejuicios, preferencias y egoísmos para entregarnos a la búsqueda libre y desinteresada de la verdad. Ejemplos como el de Albert Einstein, bendecidos con una inteligencia no menor que la viveza de su entusiasmo hacia la empresa de la verdad, nos ayudan inconmensurablemente a discernir un sendero que pueda también saciar las ansias más nobles del espíritu humano.

Sin duda, es profundamente inspirador comprobar cómo una mente de sus dimensiones no se desprendió nunca de este sentimiento de humildad ante un universo que desborda las capacidades de las inteligencias más preclaras. Su confianza firme en el poder del intelecto para sondear los secretos del cosmos no le privó de esta bella fe en lo misterioso, en una mística que

envuelve el universo y enciende la llama de la más genuina vocación científica. Cultivó una tensión creativa entre dos polos aparentemente antitéticos: la aceptación de que el progreso científico desentraña paulatinamente las claves del universo y la percepción concomitante de que estos avances, por espectaculares que se nos antojen, no extinguen el sentimiento de veneración hacia la belleza, la majestad y la armonía del universo.

El asombro ante lo desconocido que subyace a toda percepción de lo sagrado, de ese «*mysterium tremendum et fascinans*»²⁰ sobre el que tan brillantemente escribiera Rudolf Otto, es una actitud noble, pero puede degenerar en un misticismo paralizante que ahoga el impulso crítico del individuo. Calificar algo de «sagrado» muchas veces equivale a confinarlo a un recinto prohibido cuyos pórticos, como en la famosa ciudad de los emperadores chinos, no pueden ser franqueados por los simples mortales. Existe una relación muy estrecha entre la declaración de sacralidad y la imposición de un tabú sobre una determinada parcela de la naturaleza y de la cultura, con frecuencia a causa de espurios intereses o de temores y cobardías ante potencias innominadas. Los misticismos holistas que sacralizan el universo y divinizan ínfimas porciones de la realidad lastran los esfuerzos científicos del hombre, pues inducen a pensar que resultaría sacrílego atreverse a investigar ciertas cuestiones, relatos y experiencias con espíritu crítico. Conciliar la legítima veneración de lo misterioso, de la intuición de que siempre persistirán misterios capaces de sobrepasar las cimas más altas de la inteligencia humana, con la necesidad de lanzarse valerosamente a explorar el mundo y la cultura sin misticismos hechizantes que nos obnubilen no es tarea fácil. Con incomparable maestría, Albert Einstein atravesó este arduo desfiladero flanqueado por la Escala del misticismo cegador y la Caribdis de un racionalismo exacerbado. Su actitud nos brinda un testimonio de gran valor sobre la posibilidad de seguir embarcados en el más hermoso de los empeños que han alimentado la epopeya humana, el ansia de descifrar el lenguaje del universo, senda privilegiada hacia la libertad, al tiempo que preservamos ese espíritu contemplativo, de éxtasis ante la belleza y la magnificencia del mundo, que tantos frutos en forma de arte, creatividad y crecimiento ético puede aún otorgarnos.

²⁰ Cf. R. OTTO, *Lo Santo. Lo Racional y lo Irracional en la Idea de Dios*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2000.